

Príncipe Bienmequiere; y aun por eso yo no le hallaba. Aquí, dixo Preciosa, le detuvo la novedad, y ya con vos le llevará el afecto. Quedaré en la atención, respondió él, quando me parta en la fineza. No quedareis de ningún modo, dixo Narciso, acudiendo, que aquí no se dexa, quien se dexa. Yo siempre quedo á no temer, dixo el otro, y ambos empuñaron; mas Delcidia estorbó el mal impulso de su pasión, que seguida de Damas y Galanes, dió vuelta á quel lugar, donde impidió la contienda de los dos Príncipes, y los dexó amigos, mas no reconciliados.



BATALLA DE NARCISO

Y

BIENMEQUIERE.

CAPITULO X.

EN los jardines de Delcidia vivía Preciosa tan olvidada de sus obligaciones, como si la criáran para tierra de aquellos jardines; hacía tan poco interés de la Corona, que le destinó el Rey, como del Rey; la fe que le debía guardar tan perdida que solo con su ingratitud tenía fe: allí no había ninguno para el consejo; Cándida ausente y aborrecida; Sereno ciego y desterrado; Angelino retirado y quejoso; Amante y Luz haciendo ley del gusto, y desembarazo de la razón todos afectos á Narciso, todos ojos para Bienmequiere; Precorpo en las

las glorias de Delcidia bien adormecido y mal dormido como si naciera solo para aquellas glorias, persuadiendo á Preciosa á que nunca las dexase, y ella obedeciendo Señora, á quien la mandaba criado: tan temerario estaba el criado, tan ciega la Señora! Bienmequiere se publicó Amante de Preciosa, dexando desairada la otra belleza; Narciso opositor constante en su tema, quando ardía en sus zelos. Preciosa desdiciéndose de la que era, se estaba solo la que parecía, así admitía los festejos de los dos Galanes en la leve permission de su locura; que buena estaba la Esposa del Rey, haciendo teatro de sus deslices la Corte de su asistencia! Las Sirenas cantaban para encantar; las Ninfas no enseñaban á huir; los banquetes despertaban el apetito; los festines olvidaban la estabilidad; los divertimientos pasaban de magestuosos; las ocupaciones no llegaban á soberanas; así iba todo, como que todo se perdía, siendo Delcidia la que en el mar de sus delicias hacía naufragar tanta razón perdida: Precorpo, consumiendo en su galanteo los tesoros de Preciosa, en cuyo alvedrio mandaba todo! Una tarde que se hallaban las Damas en el jardín superior, entraron á cortejarlas los dos Galanes, Bienmequiere y Narciso; viendo Delcidia tan proporcionada la ocasión para la diversion, pidió á Preciosa armase una cuestión, en que desafiase al entendimiento de los dos Príncipes, y entretuviese el tiempo de aquella tarde; obedeció Preciosa voluntaria, y acordándose, que en quanto en el afecto de Narciso, pasaba sin dolor de la saeta, sin el susto del zelo, sin el desmayo de la desconfianza; y que en quanto Dama de Bienmequiere, penaba en la desconfianza, ardía en el zelo, moría en la herida; queriendo saber qual de estos dos afectos encontrados era el mas poderoso, vol-

vien.

viendose á Bienmequiere , y Narciso , dixo así.

Pretendida la belleza de Menga por Blas y Silvio, se inclinó agradecida á las dos finezas ; pero encontrada en los dos afectos , amaba á Silvio tan satisfecha en su fe , tan segura en sus extremos , tan sin susto en su cuidado , que esto de quererle era quererse ; pues vivía interés para el descanso , lo que nació prision para el alvedrio ; tan conforme estaba esta union para la voluntad , tan agena para la desconfianza , que en Silvio se amaba á sí. Quería á Blas , pero tan diferente, que el afecto pasó á sobresalto , la esperanza á temor, la satisfaccion á tormento ; y tanto , que era un odio contra sí este amor para él ; á Silvio quería á querer ; á Blas quería á desesperar. Pregunto ahora : si en este amor de sí para con Silvio , si en este amor de sí para con Blas , si es Blas el mas dichoso , ó queda Silvio el mas favorecido.

Diga vuestra voz fiel,
quál prefiere Menga aqui,
si á Silvio á quien ama en sí,
si á Blas á quien quiere en él.

No eran lerdos los dos Amantes , y así , entendiendo lo que les tocaba en esta proposicion , cada qual se armó á defender su partido ; comenzó Narciso y dixo; ese amor de Menga para con Blas era una violencia del destino ; siendo su amor para con Silvio un destino sin violencia : amaba á Blas arrastrada de su estrella , á Silvio persuadida de su voluntad ; querer á Silvio era fuerza de la razon ; querer á Blas , era en razon de la fuerza.

Vea , pues , vuestro cuidado,

quál

quál llega á estar mas glorioso,
si aquel amor que es forzoso,
si aquel amor que es forzado?

Amar Menga á Silvio , dixo Bienmequiere , en las conveniencias de su sosiego , era interés ; amar á Blas en los sustos de su cuidado , era fineza ; querer á Silvio , era quererse á sí ; querer á Blas , era querer á Blas.

Luego bien claro parece,
que mas fino llega á ser,
aquel amor que es querer,
que aquel amor que es quererse.

Amarse Menga en Silvio , prosiguió Narciso , no era solo quererse á sí , sino querer como á sí á Silvio ; querer á uno mas que á otro , es querer mucho ; querer á uno como á mí , es querer mas.

Luego Menga en tanto arder,
á Silvio á pesar de Blas,
si ni á sí se quiso mas,
cómo pudo mas querer?

Querer Menga á Silvio como á sí , respondió Bienmequiere , era querer tanto á otro como á Silvio ; amar á Blas en lo que se aborrecía á sí , era no encontrarse ni á sí igual á Blas.

Luego Menga para Blas,
en tan cuerdo frenesí,
queriéndole mas que á sí,
ya le pudo querer mas.

L

Abor-

Aborrecerse á sí, queriendo á Blas, respondió Narciso, no era querer mas á Blas que á sí; mas era querer la Estrella de Menga, mas que á Menga Blas. Blas era preferido en el destino, Silvio era la delicia en la voluntad; el amor de Blas era como trahido; el amor de Silvio era como hallado.

Cómo puede en tanto mal,
excederse lisonjero,
un amor que es extrangero,
á un amor que es natural?

La voluntad, dixo Bienmequiere, es gobernada del destino, con que ese destino de Menga para Blas era la voluntad: asi no queda para Silvio mas que el entendimiento, y el amor es locura y no razon; luego queda para Silvio lo que se entiende, y para Blas lo que se ama.

Asi, que claro se infiere
ser afecto menos grave,
el que quiere porque sabe,
que el que sabe porque quiere.

Quien ama con entendimiento, dixo Narciso, tambien ama con voluntad, porque ama; puedese amar con voluntad y sin entendimiento; mas no se puede amar con entendimiento y sin voluntad. Luego Silvio teniendo por sí amor y razon, llevaba á Blas de mas, la razon para el amor.

Otro afecto no se alabe,
que en extremo singular,
cómo ha de saber amar,
quien ama sin lo que sabe?

El amor, dixo Bienmequiere, ha de ser solo con la voluntad, que todo lo que le mezclan en la confesion, le disminuyen en la quinta esencia; quien ama con entendimiento sabe entender, y sabe amar; y quien huviere de amar, solo de saber amar ha de entender.

Asi que en todo rigor
es vuestro argumento loco,
porque de amor sabe poco
quien sabe mas que de amor.

Menos sabeis vos, respondió Narciso, que dexais lo mejor á los brutos, que solo esos aman sin entendimiento; pero vos mas bruto. Atajó Bienmequiere montado en cólera, lo que Narciso profería en su razon, arrojóle un guante, que era intrepido; y pasó á peligro lo que comenzó diversion, que estas eran las diversiones de Deleidia. Aceptó Narciso el desafío con el guante, y guardó para él la venganza, que alli no pudo dexar de suspender, quedando para el otro dia la batalla, sin que la pudiese impedir el respeto de las Damas. Salieron los Príncipes del jardin á prevenirse, seguidos de los mas que le ocupaban, y quedaron las Damas á tratar de lo sucedido.

Mucho siento, dixo Deleidia, el haber indispuerto á estos dos Príncipes; personas tan importantes en Valle de lágrimas. El arrojó de Bienmequiere fue el peligro, respondió Preciosa, que vuestra intencion fue la diversion. A él, dixo Evida, le trataron cómo bruto, y arrojóse como fiera. Tenía en sí la furia de un zelo, dixo Luz, que es mas bruta, que la de un Leon. La condicion de Bienmequiere, dixo Preciosa, es el Leon aun sin el zelo; pero yo tuve la

culpa, pues no hice alto en que él no repara. No hay duda, dixo la Hermosura, que Bienmequiere tiene veces de Marte, así como Narciso de Narciso; pues uno se ensoberbece en una Academia, quanto otro se eleva en un espejo. Creo, dixo Preciosa, que dexa de mirar sus pundonores primero que de componer sus cabellos; pues Binmequiere, dixo Amante, también tiene cabellos negros si quiere peynarlos; y es por los pensamientos tan altivo, dixo Hermosura, que por ellos se acuerda mucho de sus brios. Sí, dixo Preciosa, quando se arrepiente de los propios pensamientos. Y en quién, dixo Hermosura, están sus pensamientos mas altivos que en mí? En mí, respondió Preciosa, que soy una muger criada para una Reyna; y no en vos, una muger criada para una calavera. Guardó Preciosa para su despique, lo que se le mostró para su escarmiento; que así toma los desengaños, quien no sabe desengañarse. Iba á enojarse la Hermosura, pero la detuvo Amante. Cansados cabellos, dixo, han sido hasta aquí los de estos hombres; dexad que mañana se repelen uno á otro, y no nos desazonemos por ellos. Ya me contentára yo, dixo Delcidia, con que no pasasen de repelarse. Eso, dixo Evida, es quererlos contener, y ellos se precian de ser cavalleros; era evitarles la muerte, volvió Delcidia, que en el esfuerzo de cada uno temo á ambos. Yo os aseguro, dixo Amante, que Narciso se dexa morir; se ama mucho, replicó ella, ha de hacer toda diligencia por quedar; ahora no aseguro á Bienmequiere, que ese por arrojarse mas de prisa entrará por la punta de una lanza, como quien entra por su casa. Dexadlo, dixo Luz, que él ha de vivir de vivo quando se arriesgue de temerario. Sí, sí, acudió Amante, ha de ser como la Hidra, una cabeza cortada, otra renacida. Tiempo há, dixo Preciosa, que yo tengo á ese hom-

hombre por peor, que esa fiera de siete cabezas, y coronadas, porque él en todas partes la parece puede tener Imperio. Fuera conmigo la batalla, dixo Zefira, que yo le cortaría las cabezas de suerte que no le renaciesen las presunciones; y por todas las coronas fuera la victoria mia. No fieis tanto de vuestros humos, dixo Hermosura, que son cosa de ayre, y el viento los lleva. Yo fio en lo que soy, respondió Zefira, que no hay humos que me puedan hacer mas. Quedo, Señora, respondió la Hermosura, con los ojos en Preciosa, que yo soy una muger criada para una Dama, aunque motejada para un cadáver. Cierto, dixo Evida, que no hay calavera tan bien encarnada, y si así son los cadáveres, yo ya no quiero salir de los sepulcros. Calla Hermosura, dixo Luz, quando hasta en un sepulcro se ve aplaudida. Hace bien, dixo Amante, que aquel concepto es responso, y no respuesta. Baste, dixo Delcidia, que os vais olvidando de que estais en mis jardines, adonde no hay sombra de túmulo, y vosotras haceis de cada palabra una sepultura. Pues dividámonos, dixo Evida, antes que nos deslicemos, que es tarde, y mañana tratarémos palabras de vida, porque no nos ponga Delcidia pena de muerte.

Retiráronse las Damas á sus aposentos á esperar la mañana, en que los dos jóvenes habían de salir á la batalla: O y que bueno quedára el mundo, si en la batalla murieran ambos! Alborózate, Valle de lágrimas, que quien te duplica las miserias está á peligro; no le des campo para el seguro, dales solo tierra para el sepulcro, y yo te prometo los epitafios.

Murió la noche, rayó la Aurora, y aumentóse el dia, y á las dos de la tarde ocuparon las Damas las ventanas de una Galería para ver la batalla, y tratar en

el campo los dos contendedores las porfias. Entraron en él los Cavalleros, apadrinados de dos Príncipes tambien familiares de la casa de Delcidia: el que asistía por Narciso, venía de armas blancas lucidas, enlazadas de oro, en el escudo en campo blanco abreviada la Ciudad de Troya, hecha un monstruo de fuego, y un hombre como que la veía desde fuera, hablando por esta letra:

Sino estoy dentro, qué importa?

El que apadrinaba á Bienmequiere era Sinón; primera ruina de Preciosa, contento de ver el bien que salía logrando su cautela, andaba siempre á las cercanías de su empeño, y esta ocasion llamado de Bienmequiere le fue padrino; mezcladas sus armas de todos colores, en el escudo en campo verde un mundo, á quien una mano prendía con una cadena, y la letra

De mi mano.

Quién son los padrinos, preguntó con curiosidad Preciosa? El de Narciso, respondió Evida, es un grande, llamado Ascanio, pariente de Ocia, hombre tan amante de su sosiego, que por no perder una hora de sueño, dexa los intereses de toda la vida. Si el mar brama, responde que aten las Naves; si el viento arruina que pongan puntales á los edificios, si el fuego prende, que para eso hay agua; si el rayo amenaza, que tardará en caer; si tiembla la tierra que le pasará el miedo. Y finalmente por no tener cuidado, hasta de sí se descuida; en su Palacio entra el sueño al vivir del dia, y no sale sino al morir de la mañana; come lo que le cuesta menos, por no ser lo que le cansa mas; y ni en tierra de Moros ganará su pan con el sudor de su rostro; y si el hombre cae en pobreza, por no buscar el sustento, se dexará morir de hambre; hace pocas salidas, y esas á pasos contados, y

es

es tan enemigo de la guerra, que si se opiláre de su condicion, con dificultad tomará el azero: es de ánimo quieto, natural dócil, inclinado á la paz, opuesto á la disension, y la mayor fineza que le podía deber Narciso por ser mucho de su alma, es el acompañarle en esta ocasion, en que fue la primera vez que tomó armas, y como cavallero noble, las trahe blancas; pero creo, que acordado de las obligaciones de su sér, volverá por su esfuerzo; mirándonos á nosotras sé que no ha de perderse, que él es hombre que no sabe enamorarse; y por no pasar una noche al sereno, perderá muchos dias de Sol. El cavallero del mundo es Príncipe de los mayores que asisten en este Valle: á cuyo respeto todos conocemos sujecion, encanta con agrado, enamora con afabilidad, y aprisiona con el trato, siendo la Sirena mas atractiva y menos arriesgada: todos en el Valle de lágrimas le seguimos, menos algun pastor que por simple no le entienda, ó algun solitario, que por retirado no le encuentre. El son de los bélicos acentos cortó las palabras á Evida, ella, y las demás reparaban en la gala de los desafiados, cuyas plumas embarazaban el ayre, cuyas armas herían el Sol, cuyos caballos alegraban la tierra: eran las armas de Bienmequiere encarnadas, sembradas de saetas de diamantes; en el escudo en campo roxo, un Cupido descansando sobre un corazon atravesado de muchas saetas, y la letra.

Solo donde mato vivo.

Venía Narciso de armas naranxadas, cubiertas de hojas de plata, en el escudo en campo azul una Estrella, y de ella pendiente por los cabellos un Cupido, y la letra

En los cabellos

no va por sí,

que va por ellos.

que

En el escudo de su contrario halló cada uno de los cavalleros incentivo para mayor ira, así que precediendo primero las ceremonias de este acto, se arrojaron á herirse con tal braveza, que tembló la tierra, paró el ayre, helóse el fuego; las lanzas luego que se encontraron se hicieron pedazos, equivocándose con los átomos; desnudaron las espadas, á quien Marte respiró dos alientos, que dió igual, aunque deseó diferente; porque en la defensa de Bienmequiere lisonjeaba el gusto de Venus. Hacian las armas fuerte resistencia á los golpes; Bienmequiere mostraba mas ardimiento, Narciso mas seguridad, con que dudaba adonde inclinarse la fé; los padrinos tambien lidiaban valerosos, si bien Ascanio se mostraba mas pesado, que su contrario era ligero. Ya eran púrpura las flores del campo, con dificultad se hallaría entre lo roxo lo verde. Preciosa toda era sustos, temiendo le costase la victoria de uno, la vida del otro; y en la muerte de qualquiera pérdida la victoria. Fue la batalla muy reñida, grande la porfia, mayor el aliento, en las Damas igual el sobresalto, que Narciso era el Idolo de todas, y Bienmequiere el cuidado de muchas. Había dos horas que peleaban, quando apeados de los caballos, vinieron á los brazos, y á gran tiempo de la lid, cayó Bienmequiere sin aliento, aplaudióse la victoria por Narciso; y como Bienmequiere tenía muchos quexosos en el valle, se levantó contra él un clamor, en que unos decían; muera, muera el Basilisco sin vista. Otros: Muera la Sirena sin dulzura; otros; muera el el Aspid entre flores; otros, el Cocodrilo entre el llanto; otros, queremos descanso; otros, queremos vida; otros, queremos alma, y todos, libertad, libertad. Rompían la embarazada turba de voces los suspiros de la Hermosura, que decía: No muera, que no queda quien aplauda mi

belleza. Viva, decía Zefira, para que haya á quien pise mi vanidad. Resucite, decía Amante, para que aprisione mis afectos. Aliente, decía Luz, para que eternice mi memoria; sálvese, decía Evida, para que entretenga mi peregrinacion; vuelva, decía Delcidia, para que alegre mis jardines. Mas Ascanio, cruel enemigo de Bienmequiere (1) estorbaba la obediencia á las Damas, fomentando la ira en los Montañeses. La autoridad de Sinón pudo tanto, que venció el desconcierto de la turba, componiendo el desorden del motin; sosegado ya éste, se levantó Bienmequiere restituído á sus sentidos, volvió el valle á llorar sus sentimientos, y qual pisada vívora, haciendo saetas de las hastas de las lanzas, dió sobre todos por vengarse de uno, ignorando la ofensa de tantos. Estos desampararon el campo, que temían en el jóven un rayo desatado de la esfera de su ira. Quedó solo Bienmequiere con Sinón; que Narciso se había retirado á curarse. Dexaron las Damas la Galería, y Preciosa al despedirse la última, pudo á hurto de las demás, decir desde la ventana á Bienmequiere: Bienmequiere aun no está todo perdido, que el ser vos mas desgraciado, no dexa á Blas menos dichoso. Sin dar lugar á que la respondiese, pudo encubrirse, y quedó esta palabra á apreciarse en la estimacion de Bienmequiere.

M IN-

(1) El descanso es enemigo del amor.